



Fig.



Nombre _____
Dirección _____
Ciudad _____ Estado _____



que la impresión
NO sea una preocupación

Tel. (52) 62363806 al 12 ext.6221
www.rebosandigital.com.mx
ventas.digital@rebosan.com.mx



Av. Acueducto 115
Col. San Lorenzo Huipulco
Del. Tlalpan, México D.F., C.P. 14370
Diseño: Mónica Sánchez C. / contacto: mori_k212@hotmail.com

Núm.

3

LA
PESTE

Índice

.....LA HISTORIA DE JOHN WESLEY HARDIN.....

Sebastián Ocampo

6

.....ATRABILIS.....

Sergio Astorga

8

.....CAPÍTULO 25.....

Brenda Lozano

11

.....CONTRA NATURA.....

Rodrigo Sánchez

14

.....NAUPLIO.....

Fernando Sanabráis

22

.....LA CAMA.....

Marbrisa Ter-Veen

25

.....MELANCOLÍA A TRAVÉS DE LA LITERATURA.....

Julio Fernández Meza

26

.....*Roxana Elvridge-Thomas*.....

30



Editorial

EDITOR

Daniel Sánchez Poitevin

daniel@lapeste.com.mx

COORDINADOR

Fernán A. Osorno Hernández

alejandros@lapeste.com.mx

REDACCIÓN

Humberto López Portillo Guedea

humbertolp@lapeste.com.mx

ARTE Y DISEÑO

Adriana Bravo Villarreal

adriana@lapeste.com.mx

DIRECCIÓN DE FOTO

Rodrigo Sánchez Poitevin

rodrigo@lapeste.com.mx

ASESORA DE SECCIÓN POESÍA

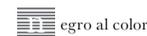
Michelle Pérez-Lobo

michelle@lapeste.com.mx

GLOSARIO



imagen



negro al color



copyright



iniciación



minificación



ensayo



poesía

La aparición de este símbolo indica que la colaboración está sujeta a derechos de autor.



cc by-nc-sa

Está permitido reproducir total o parcialmente el contenido tanto en texto como imagen de este número con el fin de lograr la circulación libre de información. Siempre deberá estar el nombre del autor en dicha reproducción y esta misma leyenda. En caso de que el o la colaboradora no acepte estos términos, se indicará en el texto o imagen que corresponde.

Iniciamos nuestro primer semestre de vida con varios cambios, por un lado intercambiamos la sección destinada a las reseñas por un espacio dedicado al poderoso género de la minificación, y por otro distribuimos la revista en otros países.

Un demonio es el que acecha cuando el estado de ánimo ha decaído y las respuestas escasean en tierra firme. Por siglos la melancolía ha sido objeto de estudio y análisis, antes quizá era más misteriosa y temida. Pero el cambio no es sustancial, acaso ahora nos tranquiliza el poder de los medicamentos, que alegran hasta los más pésimos ratos de nuestra vida; pero este humor negro, este temible temperamento, sigue siendo ese demonio que asiste a la inspiración, a la genialidad o en otros casos, al suicidio. El deseo de un objeto perdido que en realidad nunca tuvimos, el anhelo excesivo de su posesión o la simple tristeza interminable. Por todo esto es a los hijos de Saturno a los que queremos dedicar este número.

Daniel Sánchez Poitevin

Contacto

info@lapeste.com.mx

publicidad@lapeste.com.mx

twitter:@lapeste_

www.facebook.com/revista.lapeste

PORTADA: SAMUEL CASTAÑO MESA

Ilustración (pág. 4-5) por: Mariana Magdaleno

La Peste es una publicación bimestral. Editor responsable: Daniel Sánchez Poitevin. Este número se terminó de imprimir en abril de 2012 con un tiraje de 2 000 ejemplares. Número de certificado de reserva del instituto de derecho de autor: 04-2011-081614485300-12. Certificado de licitud y contenido: En trámite. Impreso en Offset Rebozan, Av. Acueducto No.115, colonia Huipulco, Tlalpan, México D.F., C.P. 14370. Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de La Peste.



La verdad es que a mí no se me podía ayudar en la Tierra.

HEINRICH VON KLEIST





*En cambio, si es abundante y caliente [la bilis negra], los amenaza la locura.
En el último caso se trata de seres dotados, propensos al amor, que se dejan llevar
fácilmente por sus impulsos y deseos.*

ARISTÓTELES

LA HISTORIA DE *John Wesley* HARDIN

Orión

Sebastián Ocampo

I

Después de la guerra civil norteamericana, en el sur dominaba la ley sangrienta de la supervivencia, el resultado azaroso del juego era equivalente al del presente en cada lugar. Nada era cierto, y la vida bullía en las intolerantes tabernas y las pendencieras jornadas las habitaban indios, putas, gambusinos, rancheros y vaqueros. También en aquellos oceánicos desiertos sureños el sol sombreaba las figuras ermitañas e indiferentes de hombres que no eran gobernados por la ley. Estas tierras furiosas parieron a John Wesley Hardin, en 1853, y al cual los biógrafos le atribuyen 44

muertes; la primera fue a los 15 años, le quitó la vida a “Mage” Holzshauzen, un esclavo con el que sostuvo un pleito.

II

Bob Dylan lo llama, como si fuera otro folclórico Robin de Loxley, *amigo de los pobres* en su canción “John Wesley Hardin”. Los testimonios de su vida relatan hechos contradictorios, como sucede con su coetáneo Jesse James. Mientras unos lo llaman impío

y despiadado, otros lo retratan como un hombre amistado con caballos, mendigos y que sacudía las cabelleras de los niños. Se casó con su único amor, Jane Bowen, una bella y agraciada mujer que le dio cuatro hijos.

III

Se dice que nunca tuvo un rival a su altura en el manejo y rapidez de la Colt y que admiraba el valor y el arrojo. En 1871 llenó de plomo a cinco cuatrerros enfilados frente a él, en un duelo asimétrico, que sin embargo abatió al quinteto en el intercambio y ofrecieron una fortuna de 4 000 dólares por su cabeza. Vivo o muerto. Una fortuna. Su mala fama lo llevó a aguardar en el cobijo del bosque y en la mudez del desierto, como un coyote que abrió la yugular de un niño y que ahora está condenado al acecho de los hombres. El asesinato de un *sheriff* provocó el linchamiento de su hermano y otros familiares, y el forajido fue finalmente atrapado por más de 20 oficiales. Fue condenado a 25 años de prisión, y salió por libertad condicional después de 17. Entre los relatos de su vida en prisión dice que mucha gente acudía para verlo, “desde la más vetusta dama hasta la señorita que estaba en la adolescencia”.

IV

Como la emergencia de lo sagrado de lo profano, el recluso Wesley abandonó las leyes de la naturaleza y aprendió las del hombre en

el perímetro de la celda hasta convertirse en abogado. Nunca olvidó a Jane. Escribió: “Do you think that it would be impossible for me to forget you. (...) One who you well know I love and adore above all others...?”¹. Afuera la humanidad ya rodaba con neumáticos y se iluminaban las calles con luz eléctrica; Dvorak entonaba “La sinfonía del nuevo mundo”, Víctor Hugo redactaba *La leyenda de los siglos* y el tiempo se congelaba en los negativos Kodak.


(balazo)

V

Cuando Wesley Hardin salió libre bajo palabra llevaba más de un año viudo y comenzó a redactar su propia biografía: “Yo tenía la conciencia feliz, de saber que he hecho todo lo que el coraje y la fuerza pueden hacer”. Los biógrafos dicen que el abogado y escritor buscaba cambiar de vida, mas la rama estaba torcida desde la raíz, el veneno inundaba las venas, y como si estos azotes tuvieran por fuerza que ser traicionados para quitarles la vida, el *sheriff* John Selman disparó por la espalda a Wesley Hardin cuando tiraba los dados en el *saloon* Las Cumbres, mientras las hirvientes arenas de la calzada de El Paso, en Texas, retozaban con el viento hasta volverse tornados. Después todo se calmó, como si la existencia fuera una enfermedad y la muerte de John Wesley Hardin sosegara su fiebre, un momento.

¹Jesse Wolf Hardin, *John Wesley Hardin & The Shootist Archetype*, 2006.



ATRABILIS

Sergio Astorga

Como saliendo de un pozo todos tus cuerpos. Tus vestiduras se derraman en una transcripción nocturna que ya no es azul. Tu cuerpo desentume a esa hormiga que se comprometía a estar inmóvil en tu cintura y en tu pecho, en tu mente. Tus cabellos que tanto cuidabas ahora se han quedado en tu escritorio, en el *ring ring* de tu oficina. A partir de entonces te recluyes en tus imágenes, en tus grafitis interiores. Los gritos de niña de tus juegos aparecen. Entran por tu oído y no te reconoces. Nada es vano. El umbral siempre queda como último recurso para quemar esa obstinada página en blanco que es tu presente. Te sabes muchas. Tus vocaciones múltiples, tus grutas de vida, tu exploración sin brújula. Por eso hoy eres el mosaico y ya no puedes ser ausencia. Tus recuerdos son las membranas que te nacen como raíces. Exploras la mentira y tus manos te dan las verdades que necesitas. No seas corrosiva. A la luz de tu lámpara no duermes y tus manos están abiertas como para aferrarte a lo que viene. Tus ojos se cierran sin rumbo. Te entregas a tu sombra. Pero también tienes

un rastro y ese golpe de amor que llevas en tu frente, en tu desnudez que olvidas y eliges levantarte y abrirte a las muchas formas que te miran. Y vuelves a balancearte, a enlazarte al brindis de tu día a día. Se estira la lengua de la ciudad que te invita a salir de tus límites. Y abres de nuevo los ojos.

¿Te acuerdas? Han pasado años y el pozo sigue ahí, sólo que ahora entras y sales cuando quieres. No te vences, sigues firme, encendida. Descifras tus aguas. Hay algo ciego, lo sabes, como un animal terco que da una y otra vuelta dentro de su jaula.

¿Sabes? Siempre hay pérdidas. Frases que se trafican, horas que no se recobran. Los sollozos se impregnan de musgo. ¿Lo sabías? El aliento es así, vago, nadie sabe de dónde llega. No es un morir, es un hechizo. Un hueso de fruto dulce. Es una respiración con un resorte de bruma. Por eso salen como de un pozo todos tus cuerpos.

Ilustración por: Sergio Astorga





CAPÍTULO 25

Canis Maior

Brenda Lozano

Un capítulo de Parque hundido, la próxima novela de la autora.

Me gusta comer en un restaurante japonés que está cerca de aquí. Es barato, variado el menú y buena la comida. Vuelvo al inicio: un hombre de pie. El gerente del restaurante, siempre allí, siempre de pie. El dueño es un japonés que a veces trabaja, sentado, al otro lado de la caja. El gerente es mexicano igual que los meseros. Un hombre de sesenta años, calculo. No sé cómo se llama, creo que no importa saberlo. Usa anteojos. No sé cuántas dioptrías. Sería importante calcularlo ahora: ocho y medio del lado izquierdo y seis del lado derecho. Y tiene una cicatriz honda en el párpado izquierdo, visible de lejos. Siempre viste de traje y siempre el traje le queda

una, dos tallas más grande. Las costuras de las mangas del saco le quedan a unos centímetros del hombro, los pantalones siempre holgados. Trajes de colores oscuros y sus corbatas siempre lisas. Vuelvo a lo importante: en la solapa lleva prendido, siempre del mismo lado, un pin metálico con el nombre del restaurante. Los zapatos boleados, las agujetas tensas, un nudo bien hecho. Siempre está de pie cerca de la puerta. Su estar de pie pareciera otro modo de estar sentado.

Es delgado, de mediana estatura. Tiene una postura recurrente. Algo jorobado, las manos atrás, los dedos entrelazados. Tiene otra. Las manos adelante, una sobre la otra, unidas por los pulgares entrelazados. Es raro que cruce los brazos. En cualquier caso, siempre adopta una

Ilustración por: Ludwig Camarillo

postura cómoda para observar las mesas. Los cinco, seis meseros del restaurante son jóvenes. De camisa blanca, chaleco negro, pantalón negro y un medio delantal de lona negra. Entran y salen de la cocina, anotan las órdenes en una libreta, cargan, en sus charolas redondas, las órdenes. Él se acerca cuando un cliente le hace una seña, cuando nota que algún mesero puede ser asistido. Cuando se acerca a la mesa huele a una mezcla de jabón y agua de colonia. Habla bajo, tiene un tono sereno. Cuando habla alarga las últimas vocales de su frase. Una curva leve. Abre la boca menos de lo común al hablar. Trabaja: lleva servilletas de papel, lleva un popote, quita los hielos a un vaso, camina con un platito con *wasabe* en la mano o entrega un frasco de soya con

Si voy seguido a ese lugar, en buena parte, es por ese hombre. Su aspecto, su forma de ser, su forma de actuar dicen algo que sólo puedo decir a través de él.

limón. A veces lleva el cambio adentro de una carpetita de tela de patrón japonés, forrada con plástico. Ofrece mentas a la salida, en un plato hondo que sostiene con las dos manos. Es su modo de despedirse de los clientes.

Tiene el pelo negro, ondulado. Las canas se concentran en los costados, otras, pocas, esparcidas. Una raya siempre de lado. Tres ondas de pelo le cubren el borde de la frente. Un peinado de otra época, quizá como el de un cantante de boleros. Sus labios son delgados como las dos agujetas de sus zapatos. Cuando

sonríe, a veces, el labio inferior le cubre por completo el labio superior. Tiene la nariz recta, larga, de acuerdo con su cara alargada y su mentón afilado. Los ojos negros, hundidos y una cicatriz en la ceja izquierda. Profunda. Parece que no es una cicatriz reciente. Quizá se cayó cuando niño contra el filo de una mesa de vidrio, pero parece más acorde que sea el resumen del accidente donde perdió a su mujer. O una tragedia. ¿Estuvo cerca de la muerte? Eso parece decir esa cicatriz. Eso parecen decir las cicatrices como esa. Parpadea lento, apacible. Su párpado izquierdo no se abre igual, queda a medias. Quizá no vea igual del lado izquierdo. El párpado a medio camino, la cicatriz con la forma de una coma, que empieza en la frente y se encaja en la ceja, le dan un halo de tristeza. Fue amarga la caída, parece. Esa leve deformidad que parece tenerlo sin cuidado y, sin embargo, parece recordar todo el tiempo la caída. A la vez da la impresión de que su ritmo cardíaco es siempre el mismo. Un ritmo tranquilo, una forma tranquila de hablar, de respirar, de trabajar. Ese trabajo diario que se toma con seriedad.

Lleva años trabajando en ese restaurante. Veinticinco años, una vez me dijo, desde que abrió. Si cerrara el restaurante le demolerían la vida, una vez pensé. Pero eso, según veo, no pasará. Su lealtad es visible. Los meseros han cambiado cada tanto, pero él sigue. Él. Ese hombre. ¿Cómo es su día antes del trabajo, su rutina de desayuno? Cuando llega por la noche, ¿qué correspondencia le espera bajo su puerta? ¿Publicidad? ¿Fotocopias de los negocios a la redonda? ¿Tarjetas de reparadores de estufas y refrigeradores? ¿Recibe, de cuando en cuando, alguna carta? ¿De qué estado del país? Cuando duerme, ¿su pijama

es de algodón, coordinada, de color pardo? ¿Duerme solo en una cama matrimonial, todas las noches del mismo lado?

No es un restaurante de moda. Cerca hay oficinas, siempre hay gente. Por lo regular dos o tres mesas están ocupadas por japoneses. Las paredes del restaurante están cubiertas por bambúes secos. El bajo techo hace que el olor a comida se concentre; que la camisa, al salir de allí, huele a arroz frito. Un hombre de bigote, con una red en el cabello y un quimono simple, prepara los rollos de *sushi* detrás de una barra al fondo. Hay una televisión al lado de la barra, en el extremo superior derecho, generalmente apagada. Encima, un control remoto forrado con plástico. Hay cuatro bocinas en cada esquina sujetas al techo por unas pequeñas bases metálicas negras. Música de los setenta y ochenta, casi siempre, de fondo. Y la luz artificial. Blanca. Hay tres pequeñas ventanas que dan a la calle, pero unas hojas de bambú las cubren, obstruyen la luz natural. Afuera del restaurante hay una maceta larga con los bambúes. Y un perro callejero que pasa el tiempo echado, con las patas delanteras estiradas, al lado de la maceta.

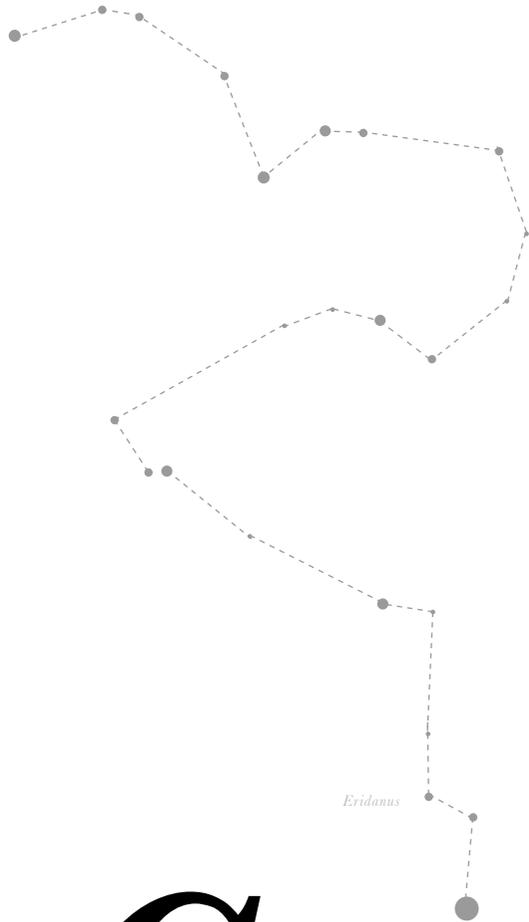
Un perro pequeño, flaco, de pelo corto. Blanco con manchas negras. Tiene una oreja negra y la otra blanca. Llegó este año, a principios, calculo. El primer día que lo vi al lado de la maceta, traía una pata delantera vendada con dos tablas. Lo atropellaron afuera del restaurante. El gerente se hizo cargo. Lo llevó al veterinario, le puso un plato al lado de la maceta. Le llenaba el plato con las sobras de la cocina, combinadas con unas croquetas que, imagino, compró él. Vi su recuperación durante las primeras semanas cuando iba a comer o cuando caminaba por

allí. Una vez lo vi darle de comer. Él lo cogió con los brazos, le frotó una oreja. El perro movía la cola y, sin que su pata vendada tocara el piso, devoraba del plato. Entonces ya no llevaba el vendaje. Ahora el perro tiene un collar azul con una placa en forma de hueso que lleva grabado el nombre del restaurante. Y camina con dificultad.

He pasado de noche, cuando el restaurante tiene corrida la cortina metálica, cuando el nombre de neón ilumina una parte de la banqueta. El perro está allí, echado igual que de día. Dos veces me ha tocado observar que el perro intenta, con una pata doblada, sin tocar el suelo, entrar al restaurante. Basta una mirada del gerente, una seña con la mano, para que el perro ladee la cabeza y regrese al lado de la maceta. Y una vez, cuando abría la menta que acababa de entregarme, el gerente y yo salimos al mismo tiempo. Flexionó las rodillas para darle unas palmadas al perro echado. El perro meneó la cola, se levantó, lo miró y se arrimó, con dificultades, a su pierna. El hombre se llevó los lentes al puente de la nariz, se inclinó para acariciarle las orejas al tiempo que le dijo: a todos nos cuesta trabajo caminar. Como si le hablara, solemne, con el párpado izquierdo a medio cerrar, a otro hombre y no a un perro.

Ahora que el agua se junta, la ola crece. Crece, crece más alto. Rompe la ola, estruendosa, aquí, en el vaso de agua que tomo. Si voy seguido a ese lugar, en buena parte, es por ese hombre. Su aspecto, su forma de ser, su forma de actuar dicen algo que sólo puedo decir a través de él. Ese hombre, con esa cicatriz, con ese trabajo minúsculo que para él es mayúsculo. Tal vez ese hombre soy yo.





Vivimos en constante pugna con nuestro entorno, con el contexto, y más que una batalla se trata de una oposición: la naturaleza se nos opone y nos oponemos a ella, una vida tratando de conciliar con las cosas. Intento de un modo determinado comunicar esto, y uso la técnica del fotógrafo David Hamilton y el *lomo*.

Contra NATURA

Rodrigo Sánchez Poitevin











Sí, denostado, degradado... ¡el hombre sobrevive! El hombre es un ser que se acostumbra a todo; esa es, pienso, su mejor definición.

DOSTOYEVSKI

NAUPLIO

Boñtes

Fernando Sanabráis

Es indiscutible: el procedimiento, por antonomasia, más eficaz, al intentar arruinar a alguien consiste principalmente en criarlo. Así procede el primer atentado, el error original. Pero, ¿acaso existía otra opción? Prolongar la frágil vida de un pequeño

parásito; encontrar razones para hacerlo parte de nuestras vidas, proporcionarle amor y protección. Uno siempre acaba teniendo razones para apegarse a las cosas más inusuales. Somos una especie simple.

Ilustración por: Mariana Magdaleno



No sería un parto sencillo, existían altas probabilidades de que alguno de los dos, incluso ambos, no lo lograrán. Sin embargo, ella debía parir, convencerse de que, cualquiera que fuese el aspecto de la criatura, era parte de sí. Habituada, como estaba, a considerar desperdicio todas aquellas emisiones arrojadas por los diversos agujeros del organismo, entonces por qué recibir de manera tan distinta —júbilo u orgullo— algo de tal procedencia. Ya en el quirófano, fastidiada de solicitar anestesia o cualquier otra sustancia que le ayudara a no percibir el estropicio provocado por aquel cabrón que estaba a punto de ser expulsado, miraba su pubis. El barullo alrededor, lo que alcanzaba a percibir desde esa incómoda posición. Otrora, había tenido un cuerpo hermoso. ¿Qué había ocurrido? Ahora era el receptáculo y conducto del parásito. Tal vez sólo sea este momento, el dolor, lo que estaba causando tales pensamientos. Había que esperar.

Sin embargo, ella debía parir, convencerse de que, cualquiera que fuese el aspecto de la criatura, era parte de sí.

La decadencia, nulidad, del que acaba de nacer se reitera. Su simpleza se enfatiza, sin embargo, bastante pronto. Apenas es expulsado del vientre, la posibilidad de su ausencia se presenta como una imagen cada vez más nítida en la mente de su madre. El producto es entonces retirado, extirpado del cuerpo de su progenitora, que simultáneamente se vomita encima. Los médicos optan por acercárselo al rostro; es parte del sistema, una jodida tradición. Lo repudia.

Incapaz de hablar, sólo señala hacia un bote de basura que está a un costado de la puerta. Entonces interviene el padre que, en un afán de rectificar lo indiscutible, señala la salida, y sugiere que lo saquen de la habitación.

Después de algunas horas, despierta. No se siente mejor. Una pequeña y agradable enfermera intenta persuadirla de que es una madre bastante especial, afortunada.

—¿Y qué carajos me hace tan afortunada? —le pregunta la atribulada madre.

—Está sano, su bebé está sano. Ya puede verlo. Pero lo último que quería era tener cerca a ese cuerpo que le había causado tantos padecimientos. Así que, con cortesía, le indicó a la enfermera que lo mantuviera lejos, que estaba demasiado agotada. Ella fingió comprender y se marchó.

Algunos días después, mientras el recién nacido dormía, su madre se aproximó para observarlo con detenimiento. Apestoso, pequeño y peludo. Su rostro no era similar a ninguno de los dos progenitores, no hasta ahora. Tal vez así sean todos los recién nacidos. Como los renacuajos o los crustáceos; el tiempo se encargará de convertirlo en un hombre. Pero el tiempo elige formas extrañas de manifestarse, y es probable que su rostro termine pareciéndose más al de su padre. Y entonces, sólo por ese detalle, le esperaría al pequeño una vida de repudio y rencor. Eso sería lamentable. Ya se acostumbrará. Pero así estaban las cosas, y su madre sólo pudo deseárselo buena suerte antes de ingerir tres de sus habituales píldoras para dormir.





1960. Alan Stacey, conductor de Fórmula Uno, murió en un choque durante el Gran Prix de Bélgica, cuando perdió el control del vehículo por un pájaro que voló hacia su cara.

Cómic por: Cecilia Ruiz

LA cara

Piscis Austrinus

Marbrisa Ter-Veen

Necesitaba una taza de café, nunca lo tomaba, pero cada mañana pensaba que aquella podría ser la primera solución; que alguien le vertiera en la cara una tacita de exprés doble hirviendo, o un líquido más corrosivo, que dejara la marca de que alguna vez había rozado lo trascendente.



Anhelaba una cicatriz que cargar, sentir cualquier estímulo que la sobresaltara. Pero el café le daba agruras, taquicardia, náusea, hasta dolor de cabeza; la ponía nerviosa y, si hubiera podido ser honesta, tibia entre sus sábanas, prefería, cada día, entreabrir un poco los ojos, imaginar el día, repudiarlo y regresar a soñar sucesos extraordinarios. Llorar el tedio de lo cotidiano.

Ilustración por: Adriana Bravo



MELANCOLÍA

A través DE LA literatura

Corvus

Una nota sobre *The Anatomy of Melancholy*

Julio Fernández Meza

Las siguientes líneas las escribo para quienes padecemos *anglofilia literaria* (que, como se sabe, es crónica e incurable). En nuestro caso, siempre se recomienda acercarse, y por supuesto adentrarse, a los grandes referentes. No descarto a quienes no sufren la enfermedad —después de todo, cada quien posee diagnóstico propio, la vida misma, siempre más interesante para el afectado que para los otros—; y por ello, estas líneas también van para ustedes. Padezcamos o no la mentada anglofilia, este espacio es para *The Anatomy of Melancholy*, de Robert Burton.

Textos como *La biblioteca de Babel*, de Borges, y *La guerra de los mundos*, de Wells, parecen tan diferentes entre sí que nada los une. Hay una muy sutil coyuntura entre ellos: los epígrafes.

El argentino abre uno de sus cuentos más renombrados con una frase de una belleza extraordinaria, la cual traducida deficientemente dice: “a través de este arte puedes contemplar la variación de 23 letras”. En cuanto a Wells, el epígrafe nos muestra ciertas preguntas. Las traduzco también: “si hay vida en otros mundos, ¿cómo son sus habitantes? ¿Es la humanidad dueña de aquellos otros planetas o no? ¿Por lo tanto, cómo están hechas las cosas para el hombre?” Ambas inscripciones provienen del texto de Robert Burton. Naturalmente uno siente curiosidad y busca entonces, tal como lo diagnostica la anglofilia —tener siempre presente a los clásicos—, dicho libro. Figuras como Samuel Johnson y John Keats tenían en muy alta estima a Burton y a su escrito (se dice que Johnson no solía dormirse sin antes

leerlo y Keats lo consideró el tomo de cabecera). ¡Cuántas premisas valiosas para un solo libro! Nacido el 8 de febrero de 1577, en Leicestershire, Inglaterra, Robert Burton pasó la mayor parte de su vida en Oxford, donde se educó y cultivó. Fue ordenado vicario de la iglesia de St. Thomas en 1616. Publicó *The Anatomy of Melancholy* (cuyo título completo es muy largo como para enunciarlo aquí) cinco años después y en 1630 fue nombrado rector de Seagrave, en Leicester. Ésa sería la biografía.

Examinar este volumen es una ardua tarea por dos motivos: su extensión y su referencialidad. El libro casi tiene mil páginas. La amplitud podría parecer un detrimento y no un logro. Pero basta leer unas cuantas líneas para sumergirnos a fondo, pues a pesar de su extensión, es un deleite. Hay placer por la lectura. Imposible no conmoverse por el poema al inicio de *The Anatomy...*, en donde la voz lírica le habla al libro, como si fuera un hijo, y lo exhorta a volar lo más lejos posible. Imposible no sentir empatía por Burton al nombrarse *Demócrito Junior*, ya que consideraba que su autoría era tan dudosa que más convenía darse a conocer como un discípulo, como el pupilo de Demócrito. Difícil no consentir con su imaginación portentosa, que le deja ver al lector cómo se podría gobernar el mundo de acuerdo a un sistema lo más equitativamente justo para todas las criaturas habidas y por haber (Burton, como Lennon, fue un soñador).

La referencialidad es otro aparente obstáculo en torno a este libro. Prácticamente en cada renglón hay una cita. En el texto conviven cientos de personalidades, desde filósofos y literatos hasta médicos. Aunque las citas no entorpecen la lectura; al contrario, a mayor

cantidad de elementos exógenos, mayor riqueza en el relato. Claro, leer a Burton demanda una atención mucho más enfocada que, por ejemplo, pasar el rato en el metro protegido por una novela o que esperar en un consultorio de un determinado estudio crítico. No. Este *scholar* supo cuál sería su público. Despreocupémonos por este engrosamiento (aquí solemos utilizar el adjetivo *barroco* cuando algo nos parece recargado y excesivo. En inglés, por fortuna, posee otras acepciones). Además de la incidencia por la cita, otra dificultad es que casi todas están en latín. La razón estriba en que en el siglo XVII—cuando fue escrito el libro—, no era para nada extraña esta lengua. Es más, era la norma culta y su influencia no había declinado en lo más mínimo. Burton es fiel heredero de tal tradición. Para un lector actual, esto puede ser un impedimento. Pero, vamos, hay ediciones críticas y especializadas que las traducen —y con pericia, como uno no la tiene.

La melancolía puede originarse a causa de Dios, por sus ángeles, por brujas, hechiceros, por las estrellas, la vejez.

Arriba están enunciados los elementos formales y estructurales de *The Anatomy of Melancholy*. Esto, empero, es la punta del iceberg. La intención del libro consiste en realizar una anatomía de la melancolía. Burton parte de las definiciones más renombradas al respecto. Es famosa la acepción de la melancolía como *humor*. Debemos dicha significación a Hipócrates, quien dividió los humores en cuatro: sanguíneo, flemático y biliar (dividido, a su vez, en amarillo y ne-



gro, precisamente la etimología de la melancolía es *bilis negra*). Cada humor se aloja en una parte específica del cuerpo, a cada uno le corresponde una estación del año y uno de los cuatro elementos. Los humores describen a las personas, en específico sus dolencias y malestares. Y por ende había métodos para curarlos. La melancolía así examinada es el eje de Burton. Podríamos preguntar cómo es que un texto de carácter científico y médico en apariencia, es considerado un clásico de las letras inglesas. Esta incógnita se explica debido a que este estudio no es meramente académico sino que posee un valor literario evidente. La intención de Burton es sencilla, aunque no el tratamiento del tema. El autor se propone un enorme reto: describir, con el mayor detalle posible, cada uno de los aspectos de la melancolía. Y por ello no huelga en utilizar a autoridades médicas para consolidar sus planteamientos, como tampoco se preocupa por embellecer su discurso con frases de literatos.

¿Pero qué es lo que causa la melancolía? ¿Es simplemente un humor que describe a individuos tristes y nostálgicos? Aunque las causas de su manifestación son numerosas, podemos decir que principalmente se origina a causa de una pérdida. Quien la padece ha sufrido un detrimento de índole muy variada. Se siente melancolía al perder a un ser querido, por ejemplo. Se siente melancolía por un amor no correspondido, por el amor imposible. Burton enlista muchas otras causas. Qué deleite el índice del libro —que señala las grandes ambiciones del *scholar*—, pues afirma que la melancolía puede originarse a causa de Dios, por sus ángeles, por brujas,

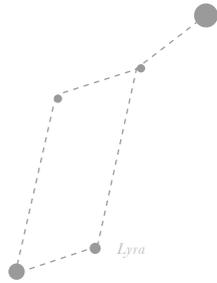
hechiceros, por las estrellas, la vejez, por una mala alimentación, vicios, emociones negativas como el enojo o la ira, por un exceso en la imaginación (¿no es conmovedora esta causa?) e incluso por enamorarse al aprender. Y desde luego Burton indica los métodos para curar la melancolía. Intereses de todo tipo, pues, hay en este libro, que bien cabe calificar como una novela, ya que la protagonista —la melancolía— no sólo se muestra en cada línea sino se transforma a lo largo del volumen. Además este texto es en esencia una radiografía de la sociedad del siglo XVII. Tal vez por eso y por la hipnosis que genera en los lectores, es considerado un clásico.

Robert Burton buscó analizarse él mismo con este libro. Él nos lo confía: “escribo sobre la melancolía para no poder sentirla. Nada como la ociosidad para generala y nada como ocuparse para curarla”. Es un ejemplo de aquellos hombres y mujeres que recordamos por una obra definitiva, como Tolkien, Whitman, Proust (e incluso ahora J.K. Rowling). Intentó curarse la melancolía por medio de un estudio *sui generis*, que no es un tratado médico, lejano (¡por fortuna!) de un manual de autoayuda, distante del discurso filosófico o la mera anécdota literaria. *The Anatomy of Melancholy* es esa mezcla. Leerlo acaso nos permita respondernos esa duda eterna: ¿qué es lo que nos aflige? Y con el perdón de ustedes, menciono de nuevo a Borges (el causante de la anglofilia): en un clásico siempre hay algo de divino, de sagrado, y en él encontramos —estemos de acuerdo o no con las ideas del mismo— un poco de felicidad.

Ilustración por: A.R. Buitrón

A ti, enamorada de saudade





Roxana Elvridge-Thomas

Un gato luminoso deslizó sus huellas por mi sueño,
rondó el espacio en el que habito,
encendió con rumores las bujías
que pensaba fundidas para siempre.
Trajo en las pupilas el remedio
que ayuda a atravesar todo abismo.
Entre el pelo de su lomo
vivía una legión de seres asombrosos
siempre listos para el tósigo, las alas
y el balance sempiterno de las lunas.
Su luz alimentó los pliegues de estos muros,
hizo cóncava la almendra en que reposo,
bordó mil manantiales al contacto de sus patas.
Ahora, que emprendo nuevamente la marcha,
vuelvo el rostro hacia el lugar donde solía morar
y veo al gato iluminando la ventana.
Cierra los ojos.
Comprendo que se ha ido.

Ilustración por: Juan Pablo Palomino



COLABORADORES

Julio María Fernández Meza

(Veracruz, 1985). Es licenciado en letras hispánicas por la UNAM. Durante 2010 fue becario de la Academia Mexicana de la Lengua. Es colaborador cercano de Gonzalo Celorio. Ganó el 3er lugar del Cuarto Premio Universitario de Ensayo de Literatura Coreana (2011).

Fernando Sanabrás

Nació en la ruinoso e infecta ciudad de México. Ha sido colaborador en diversas revistas literarias editadas en México y España.

Sergio Astorga

Ciudad de México. Radico en la ciudad de Porto, Portugal. Creador de formas. www.astorgaser.blogspot.com

Juan Carlos Palomino Macías

Ciudad de México (1984). Estudió filosofía en la UNAM y se desarrolla en ilustración y artes plásticas. Aparte de sus múltiples trabajos ganó en 2008 el 2o lugar del Concurso del Catálogo de ilustradores infantiles del CONACULTA.

Ludwig Camarillo

Ciudad de México (1976). Es comunicador gráfico y visual. Durante los últimos diez años se ha desarrollado específicamente en el área de dibujo, la ilustración y el grabado en metal. Actualmente está enfocado al dibujo en movimiento y *motion graphics*. www.camarillorama.com

Mariana Magdaleno

(1982). El descubrimiento de la identidad, el erotismo de la inocencia, la posibilidad de crearse a partir de la imaginación, la naturaleza, la magia, la espiritualidad y la mimesis entre los animales y los seres humanos es el tema principal en su obra. El dibujo su principal medio, así como la acuarela y la tinta. Participa en ferias de arte contemporáneo en Italia, Argentina y EU, entre otras. Becaria del programa de Jóvenes Creadores.

marianamagdaleno82@gmail.com; www.marianamagdaleno.com

Brenda Lozano

Ciudad de México (1981). Narradora y ensayista; colabora en *Letras Libres*, entre otras publicaciones. Ha sido antologada en diversas ocasiones. En 2009, Tusquets publicó *Todo nada*, su primera novela. *Parque hundido* es el título de su segunda novela, en proceso de trabajo.

A.R. Buitrón (@buitronestudios)

Artista gráfico egresado de la ENAP-UNAM. Ilustrador, grabador y a veces animador. www.buitronestudios.com

Sebastián Ocampo

Nació para perder en la ciudad de Querétaro en 1984. Es de madre portuguesa y padre mexicano. No han publicado ninguna de sus novelas, tal vez porque no las ha escrito.

Marbrisa Ter-Veen (@marbrizsa)

Estudiante de literatura con padecimientos de gula discursiva, vive una relación diaria de amor y odio con el Centro Histórico en el Distrito Federal. Originaria de Sonora. www.nixyo.blogspot.mx; marbrizsa@gmail.com.

Roxana Elvridge-Thomas

Ciudad de México (1964). Es licenciada en ciencias humanas en la UCSJ y maestra en literatura por la UNAM. Entre sus variados premios están el Premio Nacional de Poesía Joven "Elías Nadino" y el Premio Nacional de Ensayo "El Privilegio de la Palabra". Entre su obra está *La fontana*, y el ensayo *Gilberto Owen, Con una voz distinta en cada puerto*, entre muchas otras.

Cecilia Ruiz (@Cecifonik)

Ilustradora mexicana seleccionada en 2012 por la Sociedad de Ilustradores de Nueva York para su catálogo no. 54. Ha colaborado en publicaciones nacionales y extranjeras y actualmente termina la maestría en Ilustración en la School of Visual Arts en Nueva York. www.ceciliaruiz.com

Samuel Castaño (@samcastano)

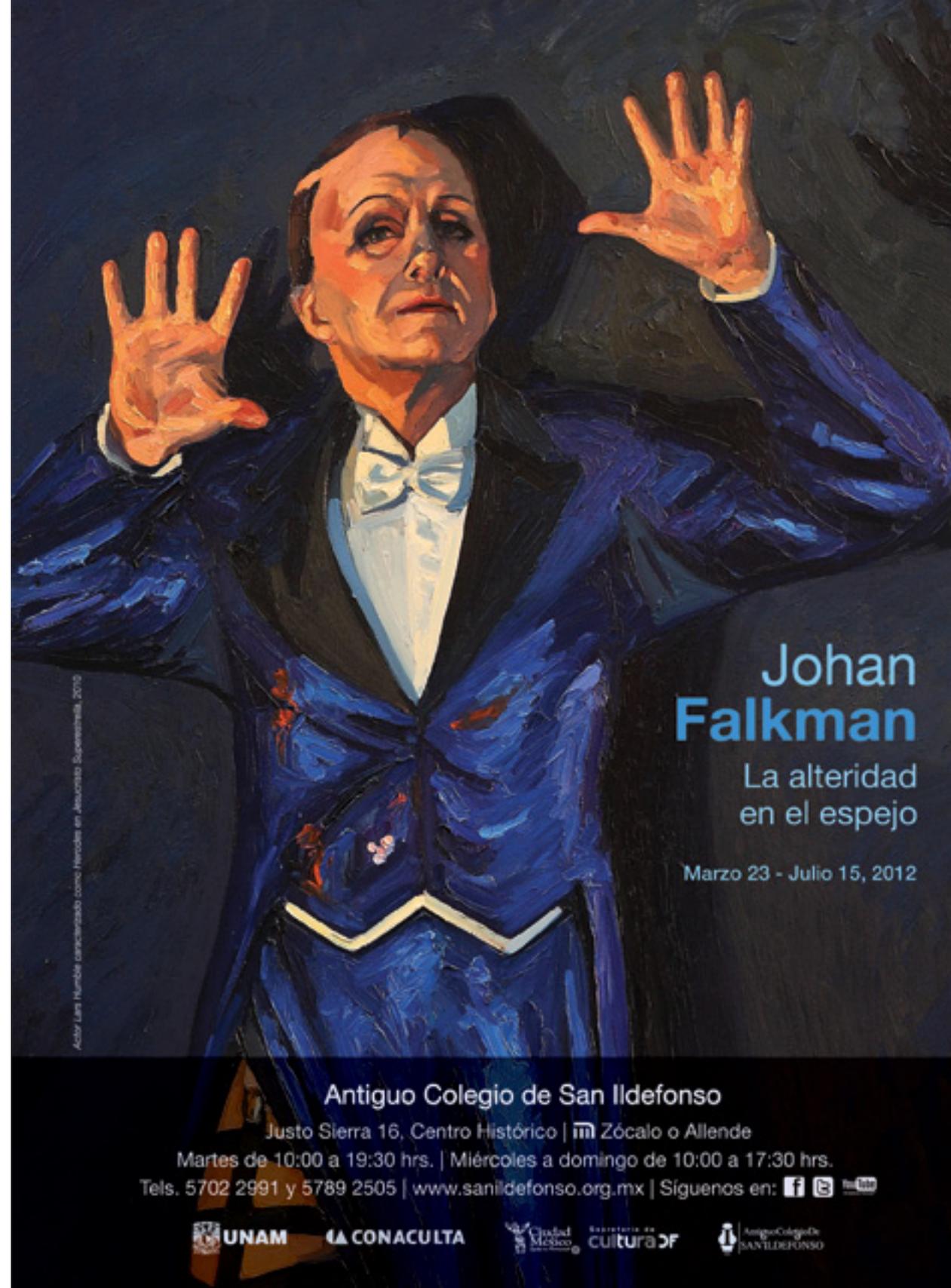
Ilustrador de Medellín, Colombia, nacido en 1988. Interesado por el *collage*, el dibujo y las cosas encontradas. www.samuelcastano.com

Colabora

colaboradores@lapeste.com.mx

Anúnciate

publicidad@lapeste.com.mx



Johan
Falkman

La alteridad
en el espejo

Marzo 23 - Julio 15, 2012

Antiguo Colegio de San Ildefonso

Justo Sierra 16, Centro Histórico | Zócalo o Allende

Martes de 10:00 a 19:30 hrs. | Miércoles a domingo de 10:00 a 17:30 hrs.

Tels. 5702 2991 y 5789 2505 | www.sanildefonso.org.mx | Siguenos en:   